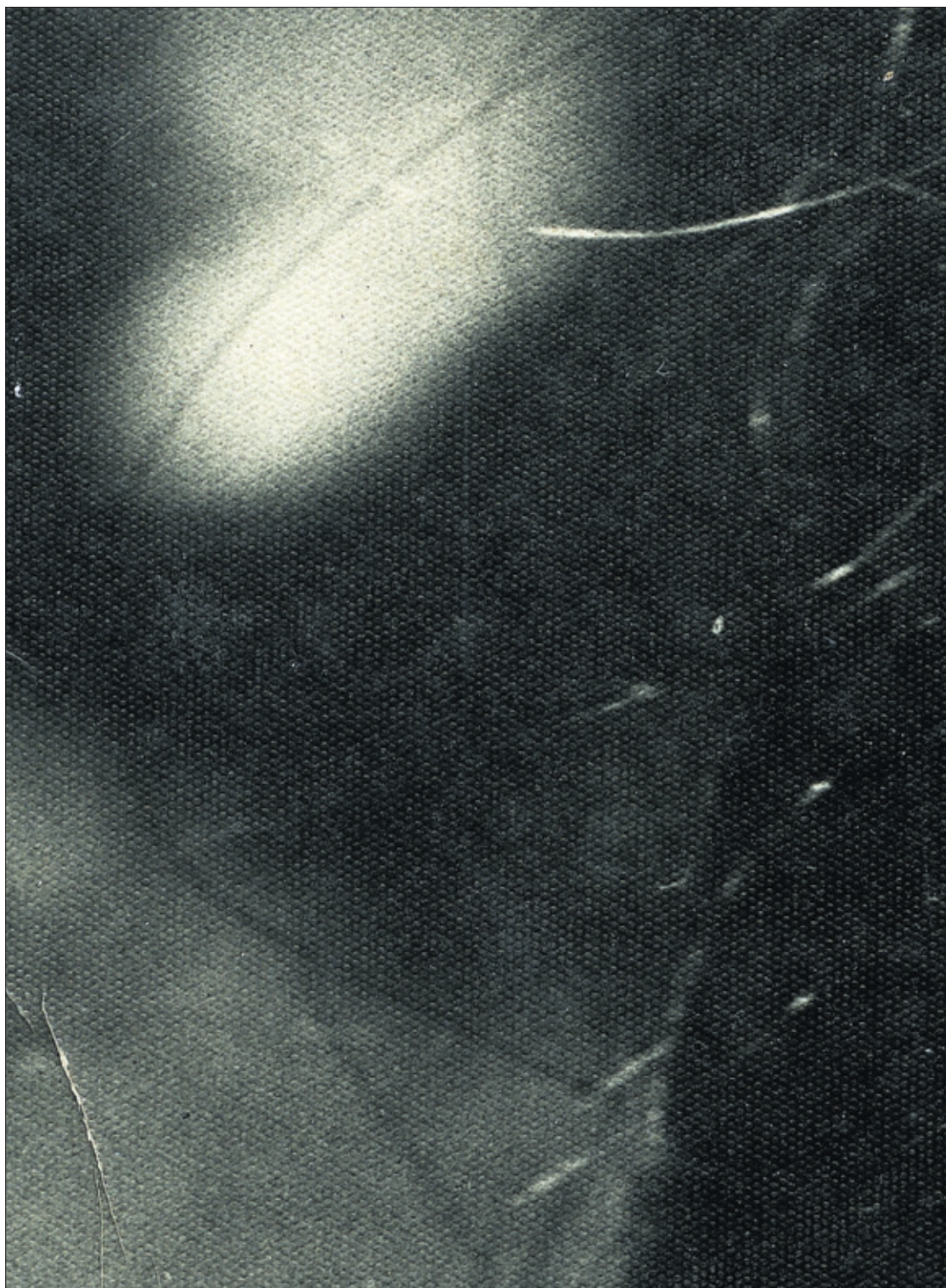


EXPOSICIÓN / JULIETA AVERBUJ / 'EL JUEGO DE LA MADALENA' (6/6)



La bicicleta rosa.

BERNA GONZÁLEZ HARBOUR

Podemos: mejor un paso atrás

Aprobado ya el primer curso de trumpismo, nos matriculamos en segundo, cuyo manual arranca así: los pucherazos lo son solo si perdemos; si ganamos, nos olvidamos.

Ayuso arrojó sombras en vísperas del 28-M sobre un supuesto pucherazo de Pedro Sánchez que no debió funcionar, puesto que el PP ha arrasado. Y ahora arroja sombras sobre un adelanto electoral que se produce en la primera fecha disponible y que ella (y Feijóo) atribuyen a un intento de que coincida con el éxodo vacacional. Poco deben de fiarse de sus votantes si temen que van a abandonarles tan fácilmente por la hamaca, ajenos a la urgente causa del antisanchismo, mientras los de la izquierda resisten estoicamente los 40 grados para aferrarse al poder. Las artimañas no tienen límites.

Lo cierto es que, más allá de reprobado ahora la anticipación de elec-

ciones que el PP pidió, comienza la pugna. Y que lo que encontramos a uno y otro lado no parecen partidos, sino universos creados en oposición al otro.

Las papeletas esta vez no ofrecen siglas, sino dos lemas: antisanchismo y antitrumpismo. El primero se construye para demoler las políticas de la coalición, y su programa electoral no puede ser más fácil: dar marcha atrás. En memoria histórica, en vivienda, en la derogación de la sedición, en la reforma de la malversación y en impuestos. Las guerras culturales han pasado a primer plano y las políticas europeas que han arrojado ingentes fondos de recuperación, compromisos de transición energética y una modernización del papel de España en el mundo se heredarán sin alharacas. El segundo se construye para frenar la ola conservadora que intenta el *revival* en EE UU, que avanza en Europa y que en España

adquiere —es verdad— tintes trumpistas. El combate va a ser fiero. Y es desigual. Mientras el PP comparece muy fortalecido tras ganar dos millones de votos y simula apartar a Vox, todos sabemos que cuenta con la ultraderecha en auge para consolidar su posición. Su muleta es de acero valyrio. El PSOE, por su parte, que perdió más de 400.000 votos el domingo, cojea sin algo equivalente. El hundimiento de Podemos convierte en una tarea difícil la forja de ese nuevo espacio. Sumar, que no tendrá un gran entusiasmo por visibilizar a los dirigentes estrellados, que ni siquiera han comparecido aún. El paso atrás de Garzón, que renuncia a estar en las listas, señala el mejor camino para los demás.

Antisanchismo contra antitrumpismo. Y muleta de acero valyrio frente a una cojera autoinfligida que va a necesitar mucha imaginación para recuperar vigor. Es lo que hay.

ANATOMÍA DE TWITTER
NOELIA RAMÍREZ

Cómo ser una persona 'SWIM'

Durante el último mes y medio he estado de baja por prescripción médica. Para poder aislarme del ruido digital y descansar, lo que en la jerga digital se llama "tocar hierba", me desinstalé la aplicación de Twitter e Instagram de mi teléfono. Durante este paréntesis autoimpuesto no he vivido ajena a las polémicas que han marcado las emociones diarias de la Red: todas me han llegado a través de enlaces a tuits sonrojantes o ingeniosos en WhatsApp. No soy tan privilegiada como para desinstalarme ese servicio de mensajería. De esa *app* solo pueden desentenderse los auténticos ricos de nuestro tiempo (tirando a egoístas): personas que delegan sus responsabilidades como hijo, amigo, padre de la AFA o vecino de la escalera a otra subalterna que da la cara por ella en esos rincones esenciales para vivir en comunidad.

Llevo el suficiente tiempo interseccionando con la esfera digital como para saber que es imposible que nuestra personalidad se moldee ajena a lo que pasa en nuestras pantallas. A estas alturas de la partida, nadie con dos dedos de frente defendería que existe un yo digital separado de nuestro yo analógico. Pero, al menos, durante este lapso, intenté dejar de ser una persona SWIM. Lo aprendí leyendo *Desconexión* (Alpha Decay, 2023), un ensayo donde la periodista irlandesa Roisin Kiberd, a sus 33 años, narra todo lo que le pasó cuando intentó curarse de internet porque la Red se había comido su vida. O como ella misma escribe: "Tuve que perder la cabeza para escribir este libro".

En 2016, cuando Trump y otros extremistas políticos dinamitaron para siempre el tono y forma de la conversación, Kiberd tuvo una crisis mental. Llevaba años escribiendo sobre la supuesta confluencia entre la vida analógica y la digital, pero lo que pasaba en su pantalla se volvió demasiado real: "Todo lo que veía en la Red era tan extremo como mis

A estas alturas, nadie podría separar nuestro yo digital del analógico, pero esa intersección podría comerse nuestra vida

sentimientos. Vi confirmados todos mis temores; en internet, no solo nos vigilan los cuerpos del Estado. También nos vigilamos los unos a los otros. Todos tus amigos intentan darte envidia. Los hombres odian a las mujeres, y las mujeres odian a los hombres. En resumidas cuentas, todos nos odiamos los unos a los otros, quizá no en la vida real, pero sí en internet, que empezaba a parecer lo mismo", cuenta en su prólogo.

Kiberd dice que entendió que vivía anestesiada, atrapada en un cuerpo al borde de la extenuación. Le atormentaba la idea de que en las redes sociales todos parecían personas coherentes menos ella. Sentía que su incapacidad para estar segura de sí misma, como hacía el resto en sus cronologías, era un defecto incurable. Había dejado de creer que tenía una vida. Se convirtió en una persona SWIM.

Por sus siglas en inglés, SWIM es un acrónimo de "alguien que no soy yo". Es una palabra clave en foros de drogas y actos que flirtean con la ilegalidad. "Yo no tramaba nada bueno; estaba informándome sobre lo que necesitaba para una sobredosis", escribe. Se tomó un surtido de analgésicos que bajó con ron barato. Sobrevivió.

No hace falta tocar fondo, pero es muy fácil convertirse en una persona SWIM. Así me sentí cuando, para escribir esta columna, abrí la pestaña de Twitter de mi ordenador. Allí vi a un montón de gente con la que antes me reía recuperando el resentimiento político del nacionalismo más esencialista de hace unos años para desprestigiar el trabajo de la izquierda en la resaca poselectoral. Salí como quien abandona una fiesta porque percibe una vibración envenenada. Guardé en borradores respuestas exaltadas. Efectivamente, no tramaba nada bueno. Me estaba convirtiendo en alguien que, creo, no soy yo.